

Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

Sin duda dijo Rincón debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

Es tan santa y buena replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hustáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartonario, así los sufrió sin cantar, como si fuera nada. Y esto atribuímos los del arte a su buena devoción porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírsele antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que "cuatrero" es ladrón de bestias; "ansias" es el tormento; "rozno" los asnos, hablando con perdón; "primer desconcierto" es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

238

De perlas me parece todo eso dijo Cortado: ¿hácese otra restitución u otra penitencia más de la dicha?

En eso de restituir no hay que hablar respondió el mozo, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya; y así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunión jamás llegan a nuestra noticia, porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, si no es los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores dijo Cortado que su vida es santa y buena?

Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo. ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y su madre, o ser solomico?

Sodomita querrá decir vuesa merced respondió Rincón.

Eso digo dijo el mozo.

Todo es malo replicó Cortado. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

Presto se les cumplirá su deseo dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden a la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

En buena sea dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta.

El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljimiado parecía que vertía camín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. A otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

239

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y un arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared una imagen de Nuestra Señora, de éstas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajaba en la pared, una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofía para tener agua bendita, y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta,

con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fue a la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreiros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletas cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina. Los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchanchados, cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pecho, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo; las manos eran cortas, pelosas y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y, trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi señor Monipodio. Vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

Eso haré yo de muy buena gana respindió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga

reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque, si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: " Fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron ", u otra cosa semejante, que por lo menos suena mal a los buenos oídos. Y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de baer nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo y Cortado también.

Pues de aquí en adelante respondió Monipodio quiero y es mi voluntad, que vos, Rincón, os llaméis " Rinconete ", y vos, Cortado, " Cortadillo ", que son nombres que asientan como de molde a vuesa edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien la dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las talas ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando uno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: " ¡ Al ladrón ! ¡ Al ladrón ! ¡ Deténgale ! ¡ Deténgale ! ", se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: " ¡ Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva ! ¡ Allá se lo haya ! ¡ Castíguele su pecado ! " Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena

como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena no hay delito que sea culpa, ni culpa a quien se dé mucha pena. Y por todos éstos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

Por cierto dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre que es obra digna del atísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáramos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con "popa y soledad", como también apuntó vuesa merced en sus razones.

Así se hara, o no quedará de mí pesazo replicó Monipodio.

Y llamando a la guía, le dijo:

Ven acá, Ganchuelo: ¿están puestas las postas?

242

Sí dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre; tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

Volviendo, pues, a nuestro propósito dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

Yo respondió Rinconete sé un poquito de floreo de Vilhán; entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

Principios son dijo Monipodio; pero todas éstas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de medianoche abajo. Pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentado sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades respondió Rinconete.

Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? pregunto Monipodio.

Yo respondió Cortadillo sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faltriquera con mucha puntualidad y destreza.

¿Sabéis más? dijo Monipodio.

No, por mis grandes pecados respondió Cortadillo.

No os aflijáis, hijo replicó Monipodio, que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y no esto del ánimo, ¿cómo os va hijos?

¿Cómo nos ha de ir respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para cometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

Está bien replicó Monipodio; pero querría yo que también le tuviédeses para sufrir, si fuese menester media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

243

Ya sabemos aquí dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir "ansias", y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título; que le deja en su lengua su vida o su muerte. ¡Como si tuviese más letras un "no" que un "sí"!

Alto, no es menester más dijo a esta sazón Monipodio. Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

Yo soy de ese parecer dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo.

El respondió que, por darles contento a todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media anata del primer harto que hiciesen. No hacer oficios menores en todo aquel año, conviene, a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquetes cuando, como, y adonde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno de ellos, y otras cosas que ellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás, con palabras muy comedias, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

¡ El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada !

Nadie se alborote dijo Monipodio, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar.

244

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio, y preguntó:

¿ A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador ?

A mí dijo el de la guía.

Pues ¿ cómo dijo Monipodio no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos ?

Verdad es dijo la guía que hoy faltó esa bolsa. Pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

¡ No hay levas conmigo ! replicó Monipodio. La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año.

Tornó a jurar el mozo que no sabía de ella. Comenzóse a encolezar Monipodio, de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

¡ Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida ! Manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo y a maldecirse, diciendo que él no había tomado la bolsa, ni vístola de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio, y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle y darle contento a su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

Cese toda cuestión, mis señores, que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

245

Luego sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso de manifiesto.

Viendo lo cual Monipodio, dijo:

Cortadillo el bueno que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción de este servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: " no es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna de ella ". Más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de " bueno ", bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza. señales claras por dondè, en viéndolas, Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

¿ Pues ¿ había de faltar, diestro mío ? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa. No tardará mucho en venir Silbatillo, tu tranel, con la canasta de color atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fue verdad, porque al instanté entró un muchacho con una canasta de color cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese.

A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y venticase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Cientopiés llevaron a mi casa una canasta de color, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobres no debieron de tener lugar de quitarla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar, y jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

Todo se le cree, señora madre respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá a boca de sorna, y hare cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno de lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

Sea como vos lo ordenáredes, hijo respondió la vieja. Y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

Y ¡ qué tal lo beberéis, madre mía ! dijo a esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta se manifestó una bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre; y llenándola a la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado con un poco de espuma, dijo:

Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo tragó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

No hará, madre respondió Monipodio, porque es trasañejo.

Así lo espero yo en la Virgen respondió la vieja.

Y añadió:

Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la prisa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

Yo sí tengo, señora Pipota que éste era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa. Tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de

los ojos, también le tengo devoción; pero no tengo tocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

Bien dice la madre Pipota dijo la Escalanta.

Y echando mano a la bolsa le dio otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos.

Con esto se fue la Pipota, diciéndoles:

Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo, que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro, y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque El nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

248

Y con esto se fue.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles. Y lo primero que sacó de la cesta fue un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacalao frito; manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Ganul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas si no fue Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena.

Mas apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dio a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano a la espada, llegó a la puerta y con voz hueca y espantosa preguntó:

¿ Quién llama ?

Respondieron de fuera:

Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio. Tagarete, soy, centinela de esta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgrediada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mando a Tagarete que volviese a su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido.

El dijo que así lo haría.

Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada y la cara llena de tolondrones. Y así como entró en el patio se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo a voces:

¡ La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras ! ¡ Sobre aquel cobarde bajamanero ! ¡ Sobre aquel pícaro lendoroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas ! ¡ Desdichada de mí ! ¡ Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible !

Sosíégate, Cariharta dijo a esta sazón Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada. Dime si has habido algo con tu respeto, que si así es y quieres venganza, no has menester más que boquear.

¿ Qué respeto ? respondió Juliana. Respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres. ¿ Con aquél había yo de comer más pan a manteles, ni yacer en uno ? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, las rescubrió llenas de cardenales.

249